

La danza de los cuervos: el destino final de los detenidos desaparecidos. Javier Rebolledo

The Ravens Dance: The Last Stop for the Disappeared

A dança dos corvos: o destino final dos detidos desaparecidos

Santiago de Chile, Ceibo Ediciones, 2012, 275 páginas
ISBN: 978-9569071157

RESEÑA

**Cristina Luz García
Gutiérrez**

Universidad
Autónoma de Madrid,
Madrid, España

[cristinaluz.garcia@
uam.es](mailto:cristinaluz.garcia@uam.es)

Este libro, del periodista de investigación Javier Rebolledo, nos relata los pormenores de la vida de Jorgelino Vergara, más conocido como “El Mocito”, testigo de excepción de las actividades de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) dentro de la Brigada Lautaro, que operaba en el centro de detención clandestino de la avenida Simón Bolívar durante la dictadura chilena.

Es poco común que personas vinculadas directamente a la DINA cuenten sus experiencias. Las confesiones de El Mocito son sin duda aquellas que más han podido desentrañar cómo funcionaba la organización entre el golpe de Estado y el año 1978 cuando fue reconvertida en la Central Nacional de Informaciones (CNI).

Debido a la inexistencia de documentos oficiales, que no se han encontrado o que simplemente se han hecho desaparecer, los testimonios de las víctimas han sido hasta hace poco, la única fuente que los investigadores teníamos para acercarnos al funcionamiento de la represión en Chile. El testimonio del otro lado, del lado de los verdugos, quedaba así en una penumbra. Los victimarios se habían dedicado a negar la mayor parte, o a dar algunos datos que del todo eran insuficientes. El relato de Jorgelino Vergara, sin ambages, reafirma el relato de horror de las víctimas y nos lleva a plantearnos preguntas sobre la condición humana en situaciones críticas.

Jorgelino Vergara era apenas un adolescente cuando le contrataron de mozo, o asistente, en la casa de Manuel Contreras, director de la DINA y mano derecha de Pinochet hasta que cayó en desgracia en 1978. Jorgelino era el último hijo de una familia pobre de doce hermanos, que con siete años se quedó huérfano de padre y madre y que trabajó desde pequeño en el campo hasta que su hermano mayor le consiguió un trabajo en casa de Manuel Contreras. Allí pudo encontrar sino cariño, un techo donde cobijarse y la sensación de poder salir de esa espiral de pobreza que parecía el sino de su familia. Los detalles de la vida cotidiana de Manuel Contreras y su familia nos hacen sobrecogernos por la normalidad de la misma, descubrir cómo aún los grandes monstruos de la historia también tenían gente a la que querer y ser queridos.

DOI

**10.3232/RHI.2012.
V5.N2.08**

Si en la primera parte del libro el periodista se dedica a relatar la vida dentro de la casa, en la segunda, más interesante desde el punto de vista histórico, se centra en el trabajo de Jorgelino Vergara ya dentro de la DINA, en el cuartel situado en el número 8800 de la Avenida Simón Bolívar. Su labor comenzó al igual que en la casa de los Contreras de mozo: llevar la comida a los detenidos, los cafés a los oficiales y hacer tareas de limpieza básicas. Su testimonio es clave, ya que Jorgelino Vergara trabajaba en el lugar más secreto, y a la vez más cruento de todos los centros de detención clandestinos de la dictadura. De allí nadie salió con vida, era el destino final de muchos detenidos que ya habían pasado antes por otros centros de detención más conocidos, como Villa Grimaldi, Londres 38 o José Domingo Cañas.

El Mocito desde su testimonio nos relata cómo funcionaba la Brigada Lautaro, la cual junto con el Grupo Delfín trabajaban en los previos del cuartel y estaban dedicados en el año 1976 a la caída del Partido Comunista de Chile (PCCh). La media de lo que permanecían los detenidos en el cuartel era entre unos días y una semana, pocos aguantaban más las torturas. Después de que los cuerpos estaban destrozados por el uso de todo tipo de artilugios eléctricos y químicos, se les inyectaba, por parte de enfermeras que trabajaban para la DINA, un producto letal. De ahí, a las bases aéreas de Tobalaba o de Peldehue para llevarlos en helicópteros al mar o meterlos en camionetas para tirarlos cerca de una mina abandonada.

De entre los detenidos, Jorgelino Vergara recuerda especialmente a uno: Víctor Díaz, Jefe del Equipo de Dirección Interior del PCCh. Él mismo relata cómo tenía un trato especial dentro del cuartel. Prueba de ello es que se mantuvo durante meses en su celda, a diferencia de sus compañeros que llegaban y se iban al poco tiempo. Javier Rebolledo intercala el testimonio de El Mocito, con otras entrevistas o pruebas documentales extraídas de los juicios. Así se nos muestra cómo Víctor Díaz se convirtió en un informante después de las sesiones de tortura, y cómo la DINA le mantuvo vivo hasta que extrajeron toda la información que necesitaban para luego deshacerse de él. El Mocito relata cómo la noche de Navidad de 1976, en un momento en que se encontraba sólo en el cuartel, fue hasta la celda de Víctor Díaz y le sacó de allí para degustar juntos el menú especial cortesía de las Fuerzas Armadas de Chile. Ese instante de humanidad dentro de un lugar tan inhumano, genera más matices al lector sobre la condición del que sabe pero no denuncia, como fue Jorgelino Vergara. El testimonio de El Mocito ayudó al procesamiento de más de sesenta militares vinculados a la DINA, muchos de quienes nunca habían aparecido en ninguna fuente anterior y permanecían en el anonimato.

El libro de Javier Rebolledo, más allá de los maniqueísmos que suelen poblar la literatura sobre la represión en las dictaduras, nos deriva a un territorio más complejo, donde sitúa al lector en el otro lado, en el lugar donde rara vez nos queremos ver posicionados. Denuncia también la falsa retórica de los movimientos de izquierda que condenan al ostracismo a aquellas víctimas que debido a la tortura otorgaron información. Como apunta el autor, la tortura es brutal y debemos dejar de buscar mártires en la misma, sino intentar comprender cómo el ser humano en situaciones críticas puede actuar de modos antes insospechados.

El relato de la maldad, del ensañamiento con un enemigo derrotado dentro de la actuación de la Brigada Lautaro, nos hace contemplar sin maquillaje los lugares más sombríos

de la condición humana. El testimonio de Jorgelino Vergara, que estuvo pero no actuó, según su testimonio, en los centenares de casos de tortura y muerte producidos en el cuartel de Simón Bolívar arroja luz sobre un centro clandestino de detención del que poco se sabía, porque no hubo testimonios que sobreviviesen a él. Pero también ayuda a refutar las fuentes que teníamos de los métodos de tortura y desaparición, y acercarnos a cómo pensaban y actuaban aquellos que todavía se niegan a contar todo lo que hicieron, por miedo a la justicia y también, porque no, por miedo a su propia conciencia.